

ACID FOR
THE
CHILDREN

FLEA

Título original: *Acid for the Children*

© 2019, Michael Balzary

© 2019, Poema introductorio: *Innocence*, Patti Smith

Esta edición es publicada por acuerdo con Grand Central Publishing,
Nueva York, Nueva York, U.S.A.

Derechos reservados

Traducción: Jorge Carlos Ramos Murguía

© 2021, Editorial Planeta Mexicana, S.A. de C.V.

Bajo el sello editorial PLANETA M.R.

Avenida Presidente Masarik núm. 111,

Piso 2, Polanco V Sección, Miguel Hidalgo

C.P. 11560, Ciudad de México

www.planetadelibros.com.mx

Diseño de portada: © 2019 Hachette Book Group, Inc. / Albert Tang

Fotografía de portada: © Elaine Berkovitz Cunningham

Diseño de interiores: Sandra Ferrer

Primera edición en formato epub: febrero de 2021

ISBN: 978-607-07-7443-0

Primera edición impresa en México: febrero de 2021

ISBN: 978-607-07-7462-1

Se han cambiado ciertos nombres y detalles de identificación, se indique o no en el texto.

El editor no es responsable de los sitios web (o su contenido) que no son propiedad del editor.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 229 y siguientes de la Ley Federal de Derechos de Autor y Arts. 424 y siguientes del Código Penal).

Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra diríjase al CeMPro (Centro Mexicano de Protección y Fomento de los Derechos de Autor, <http://www.cempro.org.mx>).

Impreso en los talleres de Litográfica Ingramex, S.A. de C.V.

Centeno núm. 162, colonia Granjas Esmeralda, Ciudad de México

Impreso y hecho en México – *Printed and made in Mexico*

PRIMERA PARTE

Etiopía, te añoro, aspiro a ti, a volver a sentirte recordándome
quién soy y para qué soy. Tu sentido común reduciéndome a
un mar de lágrimas, lágrimas de alivio, un caudal de cariño que
desborda por mis cansadas mejillas. El aroma de Etiopía, a hojas
de khat, a polvo y a café, me llenó en cuanto llegué, saciando y
reviviéndome, llenándome de emoción y claridad para ver a la
gente más hermosa que hubiera visto. Sus casas escupen fuego,
su comida sana por dentro y por fuera, y su música (aquello que
me llevó ahí) hace que el pequeño Flea se levante de su silla y vi-
bre como un colibrí. Descendiendo hacia antiguas iglesias talladas
con piedra subterránea y abordando un autobús con un grupo de
más músicos, paseando por la campiña, abierta y llena de colinas,
postrado en el techo del autobús, con los ojos llenos de cielo que
corre, cerros que vienen y van y mujeres con cubetas sobre la
cabeza meciéndose al ritmo de sus vidas. Etiopía me abrazó, me
mantuvo a salvo, bailó conmigo y me dio café y pastel.

Durante una aventura ahí en 2010, mis amigos y yo nos en-
contrábamos en una pequeña iglesia sobre un camino de terra-
cería en el pueblo de Harar. Tres mujeres mayores se sentaron
en un modesto escenario, con coloridas telas envolviendo los
paisajes de sus oscuras arrugas de edad; una con un pandero,
las otras dos aplaudiendo con las manos, percusionaron y can-
taron para nosotros las canciones que han entonado desde hace
un trillón de años, en la cuna de la humanidad. Cantaron sin

pensarlo, como si respiraran, y alcanzaron con calma la más profunda conexión con el espíritu; su música hacía eco por todo el lugar, más funky y pesada de lo que jamás habría imaginado. Quedé tan conmovido, tan deslumbrado por lo bien que se sintió, por la belleza orgánica de la situación. Cuando terminaron, una joven en nuestro grupo, Rachel Unthank del norte de Inglaterra, subió a cantar una melodía tradicional folclórica inglesa. La cantó con una claridad y una honestidad totales. Fue tan malditamente profundo; mi río se ensanchó y se fortaleció conforme sentí la verdad de mi propósito reafirmarse de nueva cuenta, la fuerza de esas dos culturas distintas expresadas con tal profundidad, mediante el más alto de los quehaceres humanos.

Como la luna que nos mira sin juzgarnos, con esa sonrisa maternal y melancólica de Mona Lisa, las mujeres mayores observaban con semblantes impasibles. Para ellas, la desgarradora belleza de Rachel Unthank que despertó mi espíritu... era normal. La gente canta. Pero esas resonantes voces me recordaron quién era, el propósito de mi existencia, y su belleza me devastó. Las lágrimas no son un asunto sobre la felicidad o la tristeza, son señal de que algo te importa. Soy un llorón; qué más da.

*

Mi vida entera ha sido una búsqueda de mi ser más elevado y un viaje a las profundidades del espíritu. A veces demasiado distraído por el mundo competitivo y tropezándome con los pies de mi estúpido ego, pero motivado por la belleza, sigo adelante y mantengo el rumbo, intentando aprender a soltar y a sentir la verdad del momento. Esta sensación ardiente me ha mantenido siempre curioso, siempre buscando, ansiando algo más, siempre en la interminable cruzada por fundirme con el

espíritu infinito, usando cualquier herramienta disponible, y me ha llevado a algunas situaciones bastante descabelladas en la vida, incluyendo lugares extraños y llenos de autodestrucción, pues no he sido capaz de entenderla o controlarla. Sin embargo, arde y arde; yo aprendo y aprendo. Mi más grande esperanza es que, mientras avanzo, este libro sea una parte integral de mi recorrido. No tengo más opción que permitir que las salvajes inhalaciones y exhalaciones de los dioses me empujen hacia el frente de forma incansable, y siempre rendirme —pase lo que pase— al ritmo cósmico y divino, una y otra y otra vez, hasta que salga el sol...

bum bap bum ba bum bap.

Un descenso a un lugar oscuro del que no hay escapatoria, un laberinto de pasillos imposibles bajo el agua. Ningún fantasma flotando por ahí con herramientas de escritura ocultas bajo sus sábanas con hoyos en los ojos. Prefiero ahogarme como cucaracha o cruzar el canal de la Mancha como un héroe. Podré ser un bodrio de once dedos babeando sobre la máquina de escribir, golpeando las teclas para escupir una montaña de basura, un animal sin educación que se mueve por instinto y sensación. Pero esta es mi voz. Los hechos y las cifras no son importantes para mí, los colores y las formas que conforman mi mundo, sí; son quien soy, para bien y para mal. Los límites de mi memoria son una recompensa en sí mismos. Como Rashomon, la misma cosa se ve distinta para cada uno desde su propio ángulo. El fallo más grande de la humanidad pertenece a aquellos que creen que su perspectiva de lo que es real es la única verdad.

Solo puedo escribir y esperar. Esperar salir de las lodosas profundidades de este proceso, limpio y transparente, con rayos láser saliéndome de los ojos, sosteniendo en alto el tesoro hundido,

resplandeciente en oro y plata, con una bullente sonrisa estampada en el rostro y monstruos marinos dóciles a mis pies.

Una punzada de preocupación me frunce el ceño al preguntarme si heriré los sentimientos de alguien al contar mi historia. Sé que tengo que expresar los movimientos que me moldearon.

Hablo solo por mí.

Espero que mi libro pueda ser una canción.

Espero.

Ser famoso no importa una mierda.

La mágica fuente de calidez

La más grandiosa prenda de ropa que jamás tuve fue un suéter negro de lana que tejó mi abuelita. Colgaba de mi cuerpo a la perfección, como una hoja de un árbol, era cálido y resistente también. Me hacía sentir muy bien, como si pudiera ir a cualquier lugar y hacer cualquier cosa. Lo perdí en 1986; lo dejé en un club llamado Toad's Place en el noreste de Estados Unidos una fría noche de invierno durante las secuelas de una bacanal de punk que se extendió toda la madrugada, antes de dejar la gira unos días para actuar en *Volver al futuro*. Estaba desolado, pero Tita me tejó uno nuevo. Ningún otro objeto me hizo sentir tan bien como ese suéter, y nunca volví a ser tan guapo como con él (por desgracia, también perdí el segundo). Podía desaparecer en él y resguardarme de todo mal.

La tejedora de suéteres mágicos, mi tita (la madre de mi madre) Muriel Cheesewright, era una mujer hermosa, graciosa y audaz. Era una típica *cockney*,¹ que creció en medio de pobreza y suciedad en el East End de Londres a principios del siglo xx. Su madre murió cuando ella tenía ocho años, por lo que dejó a Muriel con su padre, un pastor metodista. Mi bisabuelo el pastor volvió a casarse con una bruja malvada que creía que mi tita estaba llena de pecado porque tenía el cabello rojo y rizado. ¡La hermosa melena roja y rockera de mi tita! El que la obligaran

¹ *Cockney* es el término común con el que se conoce a los habitantes de los bajos fondos del East End de Londres.

a cepillárselo con lejía para librar sus pecaminosos rizos de su doblemente pecaminosa rojez fue doloroso, humillante y abusivo. Su madrastra pudo haberle alaciado los rizos por un tiempo, pero no hizo más que alimentar su poderosa voluntad. ¡QUE VIVA MURIEL CHEESEWRIGHT!

A principios de los veinte, mientras Muriel entraba en el principio de sus propios veinte, se enamoró de Jack Cheesewright. Por alguna razón desconocida —tal vez algún problema social de la época— les fue imposible estar juntos. Luego se enamoró de un hombre casado que prometió dejar a su esposa, pero no lo hizo. Devastada, desilusionada y con el corazón roto, abordó un barco hacia Australia buscando comenzar una nueva vida. No puedo más que imaginarme lo vulnerable de su situación: una mujer sola a finales de la Primera Guerra Mundial, a bordo de un barco que se dirigía al otro lado del mundo, y viajando en la tercera clase de un buque mercante hacia un lugar que, hasta donde ella sabía, bien pudo haber sido la luna. Mi dulce tita, con su cuerpecito robusto, ojos azules llenos de chispa, vestidos extraños y voluntad de acero.

Al llegar a Melbourne trabajó como ama de llaves para un doctor. Todos los días, sobre su fiel bicicleta, pasaba frente a su lugar de trabajo un mandadero entregando víveres: Jack Dracup. Se casó con él y tuvieron tres hijos: mi madre, Patricia; mi tío Dennis, un dulce romántico incurable que sobregiró sus tarjetas de crédito y un día desapareció de forma misteriosa en las Filipinas durante los noventa, y mi tío Roger, a quien nunca he conocido, tal vez porque es muy religioso y no aprueba mi vida y sus caminos de satanismo rocanrolero.

A decir de todos, Jack Dracup fue un marido abusivo y un padre desconsiderado. Muriel una vez le sirvió ensalada —un concepto nuevo en Australia en aquel entonces— y Jack lanzó el tazón a la pared gritando: «¡No me sirvas comida para malditos

conejos!». Fue un idiota absoluto con ella, quien terminó por dejarlo. Fue una decisión supervaliente en ese momento: ser un imbécil alcohólico era el derecho de todo hombre, y ninguna mujer que tuviera que padecerlo recibía el apoyo de la sociedad como para enfrentársele.

Puso su espíritu independiente a trabajar y consiguió una casa propia. Pasaron varios años y, cuando Tita cumplió cincuenta, ¿¿¿quién creen que apareció en Australia con el corazón lleno de anhelo??? El alma gemela de mi tita, su amor original, ¡el lechero Jack Cheesewright! Fue la época más feliz de su vida. Compraron una casa rodante y se dispusieron a recorrer toda Australia. Por fin estaba satisfecha, explorando todo el encanto y el misterio del gran continente: las primeras vacaciones de su vida.

Estaban en medio del desierto, a cientos de kilómetros de la civilización, cuando a Jack Cheesewright lo incapacitó un derrame cerebral, y mi dulce abue quedó a cargo de llevar a su alma gemela a la ciudad. Tita no sabía conducir, y pasó unos días con él ahí, en el desierto, hasta que su yerno, mi valiente padre, pudo ir a rescatarla. Jack murió al poco tiempo. Por fortuna, ella pudo volver a Melbourne a vivir su activa vida de Tita y a ser mi abuela.

Tiernos recuerdos flotan hasta mi cabeza con facilidad. Hacía las empanaditas con jarabe más deliciosas del mundo; jugábamos un juego de cartas llamado Bali; y las excursiones a la letrina afuera de la casa eran mejores que cualquier baño interior, incluyendo esos baños de billonarios chapados en oro que descubrí en la adultez. Cuando era pequeño, mi diminuta vida se hacía expansiva por la belleza de Tita, por su calidez, por la luz de quien ella era. Esas son las visiones de amor de mi infancia australiana que me mantienen en pie.

Antes de que Tita cruzara el umbral a los 93 años, vino a un concierto de los RHCP en Melbourne. Previo a que tocáramos,

caminó por el escenario hacia su asiento en una de las piernas del teatro; cuando llegó al centro, se detuvo, miró al público enloquecido, los estudió y extendió los brazos hacia el cielo, brillando como la Estrella Polar. El público estalló en aplausos y, al día siguiente, había una foto suya, resplandeciente con su traje turquesa, en la primera plana del periódico. El encabezado: «Abuelita rockera».

Unos años después de que Tita nos dejara, estaba en Adelaida, Australia, y entré a un museo. Me encontré con una exhibición de obras de estudiantes, todas dedicadas al empoderamiento de las mujeres. Una de las piezas era un *collage* de mujeres poderosas; destacaban Amelia Earhart, Patti Smith e Evonne Goolagong. Entonces la vi, sobresaliendo del *collage*: la foto de mi hermosa tita, Muriel Florence Cheesewright, la abuelita rockera, disfrutando de su merecido legado.

¿Abuelos? ¿Qué abuelos?

Nunca llegué a conocer a mi abuelo materno, Jack Dracup. Lo vi solo una vez, a los doce años. Vivía en la parte de atrás de una funeraria en un suburbio a las afueras de Melbourne, donde tenía el extraño trabajo de construir ataúdes. Mi papá nos llevó a mi hermana Karyn y a mí a visitarlo. No recuerdo ninguna conversación reveladora, solo la incomodidad que sienten los niños cuando están cerca de un adulto que no está acostumbrado a relacionarse con ellos. Tocó una graciosa canción en el piano mientras mi hermana y yo hacíamos un extraño baile al ritmo de la música y éramos felices por un par de minutos. Eso fue lo más cercano que llegué a sentirme a alguno de mis abuelos. Después del baile nos dijeron a mi hermana y a mí que esperaríamos en la funeraria mientras él y mi padre iban al pub de la esquina.

Papá solo habló de sus padres una vez. Yo ya era adulto y estábamos caminando por un lago australiano de agua salada buscando carnada para pescar cuando le pregunté por su padre. Recibí solo una breve respuesta: «Era un hombre muy inteligente, amigo. Pero el trago lo mató». No sé nada sobre su madre; no tengo recuerdos de haber conocido a ninguno de los dos, pero la evidencia fotográfica indica lo contrario, soy ese pobre bebé que nada sospechaba.

Papá sí hablaba sobre su abuela, quien había llegado a Australia desde Irlanda en un barco de huérfanos. Vivía en el *bush*,

ese sitio rural e indomable ubicado en medio de la nada. Era una gran bebedora. Cuando era niño e iba a visitarla, a papá lo mandaban con una carretilla a recogerla del pub; estaba tan ebria que no podía caminar. Mi papá de doce años, en un camino de tierra entre la oscuridad de la noche, hacía de tripas corazón para empujar una carretilla cargada con una abuela borracha, mientras ella rebotaba y mascullaba insultos arrastrados y malogrados hasta terminar inconsciente bajo las estrellas. Y él empujaba.